



La Santa Sede

PAPA FRANCISCO

ÁNGELUS

Plaza de San Pedro

Domingo 20 de julio de 2014

Vídeo

Queridos hermanos y hermanas, ¡buenos días!

En estos domingos la liturgia propone algunas *parábolas* evangélicas, es decir, breves narraciones que Jesús utilizaba para anunciar a la multitud el reino de los cielos. Entre las parábolas presentes en el Evangelio de hoy, hay una que es más bien compleja, de la cual Jesús da explicaciones a los discípulos: es la *del trigo y la cizaña*, que afronta el *problema del mal* en el mundo y pone de relieve la *paciencia de Dios* (cf. *Mt 13, 24-30.36-43*). La escena tiene lugar en un campo donde el dueño siembra el trigo; pero una noche llega el enemigo y siembra la cizaña, término que en hebreo deriva de la misma raíz del nombre «Satanás» y remite al concepto de división. Todos sabemos que el demonio es un «sembrador de cizaña», aquel que siempre busca dividir a las personas, las familias, las naciones y los pueblos. Los servidores quisieran quitar inmediatamente la hierba mala, pero el dueño lo impide con esta motivación: «No, que al recoger la cizaña podéis arrancar también el trigo» (*Mt 13, 29*). Porque todos sabemos que la cizaña, cuando crece, se parece mucho al trigo, y allí está el peligro que se confundan.

La enseñanza de la parábola es doble. Ante todo dice que el mal que hay en el mundo *no proviene de Dios, sino de su enemigo, el Maligno*. Es curioso, el maligno va de noche a sembrar la cizaña, en la oscuridad, en la confusión; él va donde no hay luz para sembrar la cizaña. Este enemigo es astuto: ha sembrado el mal en medio del bien, de tal modo que es imposible a nosotros hombres separarlos claramente; pero Dios, al final, podrá hacerlo.

Y aquí pasamos al segundo tema: la contraposición entre la impaciencia de los servidores y la

paciente espera del propietario del campo, que representa a Dios. Nosotros a veces tenemos una gran prisa por juzgar, clasificar, poner de este lado a los buenos y del otro a los malos... Pero recordad la oración de ese hombre soberbio: «Oh Dios, te doy gracias porque yo soy bueno, no soy como los demás hombres, malos...» (cf. *Lc 18, 11-12*). Dios en cambio sabe esperar. Él mira el «campo» de la vida de cada persona con paciencia y misericordia: ve mucho mejor que nosotros la suciedad y el mal, pero ve también los brotes de bien y espera con confianza que maduren. Dios es paciente, sabe esperar. Qué hermoso es esto: nuestro Dios es un padre paciente, que nos espera siempre y nos espera con el corazón en la mano para acogernos, para perdonarnos. Él nos perdona siempre si vamos a Él.

La actitud del propietario es la actitud de la esperanza fundada en la certeza de que el mal no tiene ni la primera ni la última palabra. Y es gracias a esta *paciente esperanza* de Dios que la cizaña misma, es decir el corazón malo con muchos pecados, al final puede llegar a ser buen trigo. Pero atención: la paciencia evangélica no es indiferencia al mal; no se puede crear confusión entre bien y mal. Ante la cizaña presente en el mundo, el discípulo del Señor está llamado a imitar la paciencia de Dios, alimentar la esperanza con el apoyo de una firme confianza en la victoria final del bien, es decir de Dios.

Al final, en efecto, el mal será quitado y eliminado: en el tiempo de la cosecha, es decir del juicio, los encargados de cosechar seguirán la orden del patrón separando la cizaña para quemarla (cf. *Mt 13, 30*). Ese día de la cosecha final *el juez será Jesús*, Aquél que ha sembrado el buen trigo en el mundo y que se ha convertido *Él mismo en «grano de trigo»*, murió y resucitó. Al final todos seremos juzgados con la misma medida con la cual hemos juzgado: *la misericordia que hemos usado hacia los demás será usada también con nosotros*. Pidamos a la Virgen, nuestra Madre, que nos ayude a crecer en paciencia, esperanza y misericordia con todos los hermanos.

Después del Ángelus

Queridos hermanos y hermanas:

He recibido con preocupación las noticias que llegan de las comunidades cristianas en Mossul (Irak) y de otros lugares de Oriente Medio, donde las mismas, desde el inicio del cristianismo, han vivido con sus conciudadanos ofreciendo una significativa aportación al bien de la sociedad. Hoy son perseguidas; nuestros hermanos son perseguidos, son expulsados, deben dejar sus casas sin tener la posibilidad de llevar nada con ellos. A estas familias y a estas personas quiero expresar mi cercanía y mi constante oración. Queridos hermanos y hermanas que sois perseguidos, sé cuánto sufrís, sé que estáis despojados de todo. Estoy con vosotros en la fe en Aquél que ha vencido el mal. Y a vosotros, aquí en la plaza y a quienes nos siguen por medio de

la televisión, dirijo la invitación a recordar en la oración a estas comunidades cristianas. Os exhorto, además, a perseverar en la oración por las situaciones de tensión y de conflicto que persisten en diversas zonas del mundo, especialmente en Oriente Medio y en Ucrania. Que el Dios de la paz suscite en todos un auténtico deseo de diálogo y de reconciliación. La violencia no se vence con la violencia. ¡La violencia se vence con la paz! Oremos en silencio, pidiendo la paz; todos, en silencio... María Reina de la paz, ruega por nosotros.

Dirijo un cordial saludo a todos vosotros, peregrinos provenientes de Italia y de otros países.

Por favor, no olvidéis de rezar por mí. A todos deseo un feliz domingo y buen almuerzo. ¡Hasta la vista!